

PROYECTO, ARQUITECTURA Y SOCIEDAD

LUIS RODRÍGUEZ RIVERO

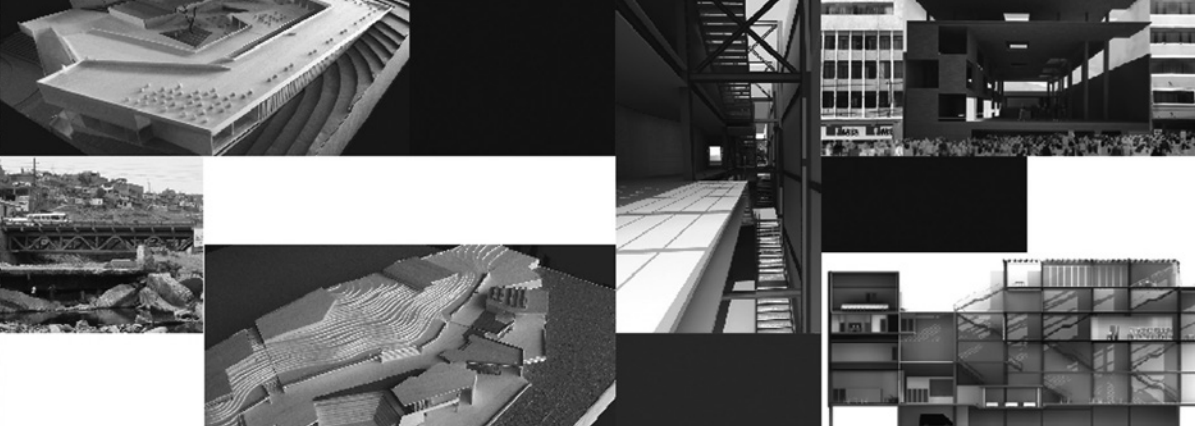
Desde muchas perspectivas el proyecto moderno en arquitectura no podría haberse gestado con la solidez que lo hizo a inicios del siglo XX de no haber sido por las demandas que recibió de la sociedad a fines del siglo anterior. Si bien el siglo XIX es rico en experiencias de carácter artístico formal, no será sino hasta la densificación y crisis de las ciudades, producto de la industrialización, que el discurso moderno, racional y eficientista logrará consolidarse. La construcción de la ciudad, el problema de la vivienda y la dotación de equipamiento urbano necesario para una vida plena se convertirían en las razones de ser de la nueva arquitectura.

Los problemas eran tan obvios y tan grandes, y el pensamiento de la época se encontraba tan dominado por la fascinación en la producción en serie, que la única posibilidad de enunciarlos era en términos cuantitativos, lo que se evidenciaba en el llamado de Hannes Meyer dentro de la Bauhaus: *“...nuestras actividades son determinadas por la sociedad, y la esfera de nuestros deberes está fijada por la sociedad. ¿Es que nuestra actual sociedad alemana no pide millares de escuelas populares, millares de parques populares, millares de casas populares? ¿Centenares de millares de viviendas populares? ¿¿millones de muebles populares??”* (Meyer, 1972). Producir, producir y producir y al

costo más bajo, así podría resumirse el programa de una acción desde la arquitectura hacia la sociedad.

Paralelamente a esto, y buscando desprender a la arquitectura de su origen burgués y hasta aristocrático, había un llamado al arquitecto para que se involucra activamente en la vida política, debiendo estar *“...dispuesto a cambiar de arriba abajo las posibilidades de vida de la masa obrera por medio de la lucha revolucionaria y de la reconstrucción socialista”*. La exigencia de una militancia activa era parte de una forma de ser arquitecto, en la que además se buscaba la convivencia estrecha con el pueblo, de manera que se conozcan *“las condiciones económicas de la vida de los obreros, sus sufrimientos y sus necesidades”*. La construcción de una sensibilidad conseguida a partir de la experiencia directa era la otra parte del programa proyectual.

A lo anterior debemos sumarle el tema de la dominación mental, el que en latitudes como la nuestra devino en problema estructural. Así, el problema del colonialismo fue llevado a la arquitectura en el momento en que la ciudad empezó a mostrar un nuevo rostro y las herramientas de análisis y entendimiento dejaron de ser suficientes. Para Eduardo Figari el problema estaba en *“...entender cómo la penetración en nuestro país de las ideas*



EN LA PUCP

de la civilización occidental, introducidas por los intelectuales de la clase dominante no pueden menos que convertir esas ideas en elementos de subyugación de nuestra clase obrera, nuestro pueblo y nuestra nación. Actualmente podemos concebir el progreso cultural sólo como el desarrollo de las ideas antimperialistas y antifeudales” (Figari, 1978), haciendo evidente la carga ideológica de esos años.

Así, el énfasis cuantitativo, la militancia y participación directa en la lucha de clases, la vida compartida al lado de los obreros y el ataque al colonialismo cultural se constituían en los vértices desde los cuales se pensaba la relación entre arquitectura y sociedad, y si bien en el Perú el socialprogresismo tuvo posturas más disciplinadas, su cercanía al poder le impidió construir un discurso más teórico y menos proselitista. ¿Qué ha cambiado entre la década del setenta y el momento actual? Desde la caída del muro hasta el desarrollo de las comunicaciones, pasando por la globalización, el escenario internacional es otro. De nuestro lado los diez años de guerra interna, la crisis económica y política de las dos últimas décadas han quedado asombrosamente atrás con el repentino crecimiento basado en la extracción minera y del gas. Esto ha generado la ilusión de un desarrollo obviamente falso, ya desde 1975 el Estado abandonó el proyecto de in-

dustrialización y modernidad iniciado en los alrededores del cuarenta, lo que resignó al país a un rol de proveedor de materias primas. Algunos aspectos de apariencia intrascendente han generado un nuevo escenario, la extracción socioeconómica de los arquitectos ha mudado un par de niveles abajo, y si bien el mercado se mueve aún por vínculos sociales, que incluso impiden generar concursos públicos, este cambio trae consigo nuevas sensibilidades y nuevos enfoques, que se alejan naturalmente de las posturas ortodoxas de décadas anteriores.

A pesar de esto podemos anotar la ausencia de un debate académico en torno a la manera como la arquitectura en general y su enseñanza en particular deben contribuir a una mejora de la sociedad, lo que ha originado dos fenómenos opuestos en los últimos años: del lado docente la mayoría de propuestas pedagógicas se centran en el objeto, sea este un edificio o la ciudad misma vista como hecho meramente físico, sin ninguna reflexión sobre el carácter configurador de la vida pública y la ciudadanía; mientras del lado de los estudiantes, el marcado escepticismo en la capacidad de la academia para producir alguna reflexión desde la arquitectura —o el urbanismo— hacia la sociedad, expresado en el éxito cada vez mayor que las ofertas extrauniversitarias —workshops, talle-

res vivenciales, etc.- tienen en nuestro medio, las que nos parecen una saludable llamada de atención aún no escuchada.

Existen, sin embargo, esfuerzos aislados en esta dirección. En las páginas siguientes presentamos cuatro de los talleres de nuestra facultad, que a través de sus enfoques exhiben preocupación por replantear los paradigmas clásicos de cómo la enseñanza del proyecto se aproxima a la sociedad.

LA ARQUITECTURA SIGUE LAS DINÁMICAS SOCIALES, LA BALANZA

El taller que dirigen Sofía Rodríguez Larraín y Mercedes Alvaríño trabaja varios años en el barrio de La Balanza, en el distrito de Comas, donde la dinámica social ha sido capaz de organizar por diez años consecutivos un festival internacional de teatro callejero (Fiteca). El síntoma más interesante del taller es que su motivación por trabajar en esta realidad de relativa marginalidad proviene desde el ámbito de la cultura -y no desde los aspectos vinculados a la escasez y lo económico-, por tanto tiene la posibilidad de abrirse a temas no muy trabajados en la pedagogía, como el sentido de lo lúdico en los barrios marginales, la relación cultura y marginalidad, el sentido de lo emergente en la cultura limeña hoy, temas que no se mencionan en el programa del curso pero que tal vez sí sean parte de las preocupaciones del taller.

El taller mantiene aún bastante afinidad con la partitura de las antiguas miradas al tema, el desarrollo de la sensibilidad mediante la convivencia; de otro lado se mantiene el espíritu compensatorio frente a la escasez y finalmente la premisa de cómo lograr una intervención eficiente con medios mínimos. Los resultados, sin embargo, son proyectos cuyo principal mérito es el intenso uso del espacio público y cuya mayor debilidad es la excesiva convencionalidad en un espacio urbano poco convencional.

PULSIONES, EL INDIVIDUO Y EL OTRO COMO PROBLEMA

El taller de Llosa-Cortegana-Takano inicia su planteamiento buscando que el alumno “desaprenda lo aprendido”, en otras palabras, parte del entendido de que el aprendizaje construye una estructura limitante y por tanto se suspende la libertad de pensar y actuar.

La búsqueda de la autonomía del alumno lograda a partir de esta ruptura será el punto de partida, y desde ahí irá estructurando el proceso pedagógico. Un segundo momento será la llamada “construcción de la realidad”, una segunda toma de posición respecto a la autonomía del individuo que debe ver la “realidad” como una construcción negativa o, para decirlo en otros términos, represiva.

Ambas premisas pueden remitirnos al terreno del psicoanálisis, uno de los primeros aportes que el marxismo incorporó a su estructura de análisis de la sociedad. Guiados por las propias afirmaciones de Freud, Marcuse entendió que el psicoanálisis ofrecía la base “biosociológica, que permitía entender los impulsos autodestructivos de las sociedades y los individuos”, y que a la luz del genocidio y el apoyo que el Tercer Reich tuvo de parte del pueblo alemán durante la Segunda Guerra Mundial, no encontraba mejor explicación. Esto permitió ir más allá del determinante económico para comprender los procesos de dominación (Marcuse, 1983) e incorporar la problemática del inconsciente a la discusión de estos procesos.

Finalmente, el psicoanálisis -desde otra perspectiva- tiene por objetivo esencial lograr la libertad y autonomía del individuo, compartiendo por tanto el mismo sentido que la política. Si entendemos que “el individuo autónomo solo puede existir en una sociedad autónoma” (Castoriadis, 230), tendremos que la búsqueda de la libertad individual es capaz de llevarnos a una sociedad libre.

Liberarse del aprendizaje y de la realidad represivos son los puntos de partida iniciales que desencadenan un proceso en el que las pulsiones algunas veces inhiben y otras acercan a los miembros de una comunidad, configurando la relación con el “otro”. Finalmente, el taller busca estructurarse desde la jerarquización de la contingencia en contra de la necesidad, en una apuesta althusseriana que acaba dibujando un proceso más aleatorio que uniforme.

Ecología y conflicto social

Por su lado, el taller de Flores/Miranda/Morales aborda otro tema fundamental en la revisión teórica de los últimos tiempos, el de la “ecología social”, es decir, la compatibilización de las demandas provenientes de los sectores menos favorecidos y las referidas a la protección del planeta. El socialismo, como el capitalismo, nunca fueron sensibles al futuro del planeta, su excesivo humanismo y su exacerbada inclinación por la industrialización convirtieron a la tierra en un mero objeto de explotación. No será sino en las últimas décadas que los grupos radicales verdes empezarán a acercarse a la izquierda, y en nuestro medio tendríamos una acción inusitadamente prematura con la acción “Lima en un árbol” (<http://www.youtube.com/watch?v=sNeJghO6PCE>) de Ludeña, Agois, Salazar y Williams. El planteamiento del taller resulta alentador por su capacidad para ubicarse en coordenadas cruciales de una renovación pedagógica y arquitectónica.

La elección de sus áreas de intervención está en esos límites en que la ciudad se ha frenado por la presencia de una reserva ecológica (los pantanos de Villa, los humedales de Ventanilla o el Valle de Pachacamac incluida su área arqueológica), que entra en crisis frente a poblaciones precarias que deben debatirse entre la subsistencia y la preservación de un área protegida de carácter metropolitano o interdistrital.

Siguiendo a Guattari abandona la ingenuidad del discurso ecológico proteccionista y meramente tecnológico, apunta a la subjetividad y a las relaciones sociales del grupo humano en tanto conjunto socioeconómico. Para potenciar la actuación observa las dinámicas autogeneradas en lo que llama los “espacios exitosos”, que le permitirá a la vez entender los comportamientos de los futuros usuarios, obtener el programa y construir estrategias de apropiación del espacio. En este sentido se alinea con la evolución del concepto de masa de las antiguas posiciones radicales para reemplazarlas por las de “políticas de identidad y políticas de lugar” (O’Connor, 2001), lo cultural y ecológico asumen el lugar de honor.

Esta ruta está atravesada por una dimensión política y ética que se trata de transmitir a los alumnos mediante condicionantes específicos que el proyecto debe cumplir: el llamado a una sumatoria de intervenciones de pequeña escala y no a monumentalizar el encargo es parte de la construcción de una postura como taller.

Si bien la noción de “espacio exitoso” transpira cierta ingenuidad y positivismo, el programa no define la hibridez explícita y la pedagogía enunciada no permite dilucidar cómo el alumno se aproximará a la solución; la incidencia en el carácter colectivo del equipamiento y la predominancia del espacio público guardan mucha coherencia con la problemática planteada. Esta podría afinarse aún más si frente a la constatación de que a mayor degradación ecológica, mayor pobreza —que parece configurar la noción de conflicto— el programa fuese más allá del entretenimiento, de la cultura y abordase la producción.

La noción de límite mismo tiene grandes posibilidades de ser enriquecida en las futuras ediciones, en tanto es capaz de hablar de inclusión, integración y tolerancia, al exterior e interior del grupo social y hacia la naturaleza.